

Emilio Callado Estela, *El embajador de María. Don Luis Crespí de Borja*, Madrid, Sílex, 2018, 396 págs., ISBN 978-84-7737-686-6

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.39.2019.771-776>

El valenciano Emilio Callado, catedrático de Historia Moderna en la Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia, es uno de los autores más prolíficos y de referencia en la historia de la Iglesia en la España moderna, especialmente en el ámbito territorial valenciano. Ha contribuido a un proceso de renovación a través de los estudios prosopográficos, de los retratos de numerosos componentes de las elites eclesiásticas, sobre todo obispos y miembros de los cabildos de las catedrales. Viene dirigiendo desde hace algunos años proyectos de investigación, financiados por el Ministerio del ramo, referentes a la definición de la Catedral Barroca y la Catedral Ilustrada, con publicación detallada de las contribuciones de todos y cada uno de sus miembros de los equipos coordinados por él, sin olvidar tampoco los estudios que ha realizado sobre el inmaculismo en Valencia durante el siglo XVII o el análisis pormenorizado de la presencia y el impacto del arzobispo Juan de Ribera, el “Patriarca”, sin olvidar otros prelados. La última de sus contribuciones, en el otoño de 2019, es su monografía acerca del Cabildo de la Catedral de Valencia en el siglo XVII, publicado por Tirant Humanidades. Sin embargo antes, bien merece la pena reflexionar acerca de algunos de los aspectos analizados por entero en su estudio, publicado en 2018, sobre Luis Crespí de Borja (1607-1663), un personaje esencial para entender el peso y las contribuciones de la Iglesia valentina al conjunto de la Iglesia española o a la católica universal.

Desde el comienzo, el propio autor anuncia los tres ámbitos en los que se va a centrar a través de don Luis: en primer lugar sus propios orígenes familiares —en una familia levítica, bien situada en las órdenes religiosas, en las órdenes militares y en los resortes de la administración a través del Consejo de Aragón— y sus aportaciones al ámbito valenciano de su nacimiento —catedrático del Estudi General o calificador de la Inquisición— hasta que llega a convertirse en obispo, primero de Orihuela, después de Plasencia, siempre gran predicador. En segundo lugar, la tarea encomendada en la embajada extraordinaria encargada por el rey Felipe IV, en la empresa dogmática de la Monarquía por antonomasia: la consecución del dogma de la Inmaculada Concepción, que no llegará hasta el siglo XIX.

La tercera, el final de su vida con los intentos, por parte de los prójimos y próximos, de la construcción de un modelo de santidad en torno a su persona. Alrededor de esta personalidad, aparecen un ámbitos de espiritualidad sobre el que tengo todo mi interés, seguramente porque todavía no dispongo de la información suficiente y que Emilio Callado me empuja a conseguirla y a investigar más sobre ella: la presencia de san Felipe Neri y el oratorio en la espiritualidad española del siglo XVII. Crespí de Borja tuvo mucho que ver en todo ello, desde su primer viaje de embajada a Roma y contribuyó a su establecimiento en España, especialmente en Valencia donde tuvo que superar no pocas oposiciones, incluso de su arzobispo.

El profesor Callado nos congrega como lectores e investigadores en torno a estas páginas que ha construido, traspasando toda frontera local, porque los temas que aborda son de interés de todos aquellos que se acerca a la historia de la Iglesia. Y lo ha hecho a través de fondos documentales que detalla como el Crespí de Valldaura del Archivo del Conde de Orgaz o lo que referente a estos temas le aporta la colección Salazar y Castro de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, sin olvidar los bien conocidos y manejados por él archivos valentinos, el Histórico de Orihuela —para este obispo de la diócesis—, el de la Corona de Aragón, el Histórico Nacional, la Embajada de España ante la Santa Sede y el antiguo Archivo Secreto Vaticano, renombrado en octubre de 2019 por motu proprio del papa Francisco como Apostólico Vaticano.

Como bien indica Callado Estela, Luis Crespí de Borja no está ausente de ninguno de los grandes debates y controversias de su tiempo, desde la concepcionista que otorga este título tan estéticamente barroco al libro, “el embajador de María”; el propio del laxismo moral —dentro de ese gran tema de actualidad entonces que fue la teología moral con el probabilismo y probabiorismo que enfrentó incluso a los jesuitas— o la licitud de las comedias, dentro de las implicaciones económicas que sus representaciones tenían en el Hospital de Valencia (en tiempo de peste), como también sucedía en Valladolid con el corral de comedias que sustentaba a la cofradía de San José de Niños Expósitos como estudió ya en 1973 Teófanos Egido. Era Crespí de Borja, hombre de palabra en el púlpito pero también de la escrita, con su nombre o la identidad que se escondía tras un pseudónimo, como los de “Silvio Ciprés de Povar” o “Sulpicio Pesancio Bleda”. Y con esa misma estética del barroco, como si fuese la letra de un motete escrito por un maestro de capilla de una Catedral, era definido según veremos como “Capitán triunfador en los ejércitos reales de la Emperatriz

de Cielo y Tierra concebida sin la original culpa”. Y todo ello en el servicio más cercano a la Monarquía, a la corona de Felipe IV, que le había hecho obispo sin él quererlo y pretenderlo, el cual le interrumpió, nada más tener intención de visitar su nueva diócesis, para elaborar unos nuevos Estatutos para la Universidad de Orihuela.

Precisamente, en la gran controversia y apasionada devoción por antonomasia —toda una cuestión de Estado para la Monarquía Hispánica— de la religiosidad barroca, intervino vivamente el obispo Crespí de Borja. Tampoco ha sido ajena a ella, no como polemista sino como historiador el profesor Callado Estela que ya publicó “Sin pecado concebida. Valencia y la Inmaculada en el siglo XVII” (Institució Alfons el Magnànim, 2012). Fue en el contexto de lo resuelto por el papa Alejandro VII cuando Felipe IV pensó en la organización de una “ambiciosa embajada ante la Santa Sede”. La preparación de la misma se vio retrasada con la renuncia en su ancianidad de fray Pedro de Urbina como arzobispo de Valencia —aunque habría de pasar a la sede de Sevilla—, siendo necesaria la búsqueda de un nuevo impulsor episcopal. También falleció el obispo immaculista, el franciscano de Cádiz (aunque ya era electo de Plasencia), fray Francisco Guerra por lo que recayó el encargo en el obispo de Orihuela que nos ocupa, avalado por el mencionado metropolitano valenciano. Existía ya desde el tiempo de Felipe III una Real Junta de la Inmaculada. Le apoyaba el cardenal primado, Baltasar Moscoso, pero también el jesuita bien conocido y escritor de éxito Juan Eusebio Nieremberg —precisamente es interesante analizar también la relación del obispo Crespí de Borja con los jesuitas, ámbito en el que yo lo conocí estudiando al misionero popular nacido en Gandía, Jerónimo López—.

El prelado ya había demostrado en repetidas ocasiones sus dotes diplomáticas, sin olvidar su escritos apologéticos: “me admira el grande talento deste cavallero —escribe el arcediano mayor de Segorbe, Jacinto de Amaya—, que en medio de las ocupaciones de un obispado y en sus principios le tenga para acudir a todo y todo con eminencia”. Él, por tanto, ya había rebatido por escrito las tesis maculistas. Al mismo tiempo que Felipe IV le encomendaba, en 1658, esta tarea le convertía en obispo de Plasencia —definido por su hermano Cristóbal, el vicescanciller del Consejo de Aragón, como uno “de los quatro mejores de Castilla”—, con el fin de obtener mayor rango y autoridad, junto con unas rentas mucho más adecuadas y holgadas.

Estos nuevos trabajos le obligaban a pasar por Madrid. Habría de incorporarse a la Real Junta de la Inmaculada para plantear allí cual habría

de ser el desarrollo de la mencionada embajada. El asunto era dilucidar si lo que había que pedir en Roma era la definición última de “la pureza original” o la “declaración del objeto a que se da culto y reverencia”, en una fiesta que ya se había creado, cada 8 de diciembre. Don Luis apostaba por este segundo camino y así se dispuso. No faltó en ese tiempo del verano de 1658 la realización de una misión popular por encargo del cardenal Moscoso, en compañía de un jesuita, no ya del mencionado Jerónimo López que fallecía ese año sino Tomás Retes. Nicolás Antonio describía cómo era la palabra del obispo Crespí de Borja: la que llenaba aquel imponente templo del Colegio Imperial de Madrid: “se apiñaban los fieles desde el altar mayor hasta las mismas puertas y ventanas incluso”. Antes de viajar a Roma, pudo entrar el nuevo obispo en su diócesis de Plasencia.

A la Ciudad Eterna habría de llevar instrucciones muy precisas, exponiendo al papa Alejandro que hablaba y peticionaba en nombre del Rey Católico. Sin duda el pontífice no habría de sentirse cómodo con estas intenciones. Intentó Crespí de Borja que le acompañase el oratoriano José Vergé, su sucesor valenciano en la Universidad. Problemas de naturaleza se pusieron en marcha y amenazó el obispo de Plasencia con no hacerse cargo del encargo si no se cumplía este deseo. Aunque finalmente fue aceptado, Vergé no lo acompañó a Roma. El viaje se iniciaba en abril de 1659, embarcándose en Denia y acompañando del nuevo embajador ordinario ante la Santa Sede, Luis Ponce de León. Callado Estela cede la palabra al obispo Crespí para que él mismo aporte los detalles de su viaje. Lo acompañaban numerosos papeles, horas de estudio y alguna producción literaria, con sus correspondientes oposiciones. La Orden de Predicadores no podía permanecer callada ante todo ello. La primera audiencia se produjo en 1660, en los primeros días de enero. Como expuso al Papa en su primera reunión de trabajo, se trataba de evitar aquellos “escándalos” que se habían producido, no sólo entre personas seculares sino también entre eclesiásticos, buscando el remedio pontificio. Alejandro VII le aclaró en un segundo encuentro, que ninguno de sus predecesores se había atrevido a realizar definición dogmática, lo que no impedía celebrar la fiesta de la Concepción de María. Se dejaba libertad acerca de cómo fue concebida —inmaculada o bien santificada—. Este asunto habría de ser confiado a la Congregación del Santo Oficio y al profesor Callado pues éste lo documenta y lo define como propio de “sangre, sudor y lágrimas”.

Lo cierto, es que el 8 de diciembre de 1661, en el breve “*Sollicitudo omnium Ecclesiarum*”, se reconocía que la Virgen María que habría de ser la Madre de Dios había sido preservada de la mancha del pecado original en

el mismo momento de su concepción, cuestión de la que era objeto esta fiesta. El obispo de Plasencia se mostraba satisfecho en tanto en cuanto había llegado hasta Roma para solicitar al Papa, en nombre del Rey, “una declaración del sentido en que la Iglesia celebra esta fiesta”. Fue todo un triunfo. Pero continuaba en la Ciudad Eterna en las Navidades de 1661 a pesar de sus deseos de regresar a la diócesis en la que apenas había podido pisar. La palabra predicada, con entusiasmo, volvía a oírse en el Colegio Imperial de Madrid, esta vez nacida desde el sermón del jesuita Francisco Esquex, modelo de las muchas que se habrían de pronunciar en las semanas siguientes. No fue fácil emprender un viaje que el profesor Callado continuaba documentando con detalle, hasta que alcanzó Barcelona en la primavera de 1662, con una travesía que costó la vida a varios miembros de su séquito.

Subraya Callado que Crespí de Borja salió como una joven promesa episcopal de Castilla y Aragón hacia Roma y volvió como un hombre achacoso. Buscó escala en Valencia a petición propia —recibido como un auténtico héroe—, continuó hacia Madrid donde Felipe IV le definió con ese mencionado título del barroco más inmaculista “capitán triunfador en los ejércitos reales de la Emperatriz de cielo y tierra...” En contraposición, una vez más su maltrecha salud le hizo pensar en renunciar a todo y regresar a su ciudad, tal y como se lo planteó a Luis Méndez de Haro: “yo, señor, solo desseo que su magestad me dé licencia para volverme a mi casa. Y no llamo mi casa la del obispado de Plasencia sino la del Oratorio de Valencia, para acabar mis días”. Pero, el camino tuvo que dirigirse a Extremadura aunque trató de buscar en su hermano el modo de conseguir ese retiro. En Plasencia, trató de retomar la celebración de un sínodo, para ocuparse después de la creación del seminario.

El deterioro de su salud le obligó a regresar a Madrid tras la Pascua de Resurrección de 1663. No consiguió entrar en la Corte y murió en el lugar de Novés el 19 de abril. A partir de ahí comenzaba la construcción y proyección de la imagen de santidad dentro de la coordenadas clásicas del barroco. En todo ello no habrían de faltar los hechos prodigiosos con sus correspondientes testimonios y los autores requeridos para retratar una Vida Venerable para comunicarla con eficacia. Con el habitual rigor expositivo de Emilio Callado, su conocimiento minucioso de las fuentes y la aportación de los interesantes documentos que configuran su colofón, convierten a esta biografía del obispo Crespí de Borja —respondiendo a los criterios de la historiografía actual, no a la hagiografía del pasado que hoy solamente puede ser fuente histórica— en punto de partida de nuevas investigaciones e inquietudes.

Javier BURRIEZA SÁNCHEZ
Universidad de Valladolid
javier.burrieza@uva.es